



Columna



José Miguel Castro
Diputado de la República

18-O: reflexiones sobre seguridad y el futuro

El 18 de octubre de 2019 marcó un antes y un después en la historia de Chile. Lo que comenzó como legítimas demandas sociales pronto degeneró en violencia, afectando profundamente a la ciudadanía. Cinco años después, es esencial evaluar cómo el estallido impactó a nuestra región y considerar los desafíos que enfrentamos para construir un futuro más seguro.

En Antofagasta, la promesa de cambios estructurales se ha visto opacada por un alarmante aumento de la delincuencia y el deterioro de la calidad de vida. Durante el primer año tras el estallido, los delitos de alta connotación social, como robos y desórdenes públicos, aumentaron un 141%, dejando cicatrices visibles en el centro de la ciudad por los saqueos y actos de delincuencia.

Aún se observan edificaciones destruidas y vandalizadas, que luego intentaron reparar a través de costosos proyectos de pintura y reparación de fachadas que resultaron en un desfaldo al Estado, dinero que quedó en el bolsillo de unos pocos y probablemente de autoridades que aún no dan verdaderas explicaciones a la ciudadanía.

Por otra parte el clima de descontrol generado por el estallido también debilitó la labor de Carabineros, reduciendo su capacidad de respuesta ante la delincuencia.

La calidad de vida ha sufrido un fuerte deterioro, especialmente para los jóvenes, quienes enfrentan la falta de oportunidades y un sistema educativo en crisis. El abandono escolar ha cre-

cido en más de un 30% en los últimos cinco años, lo que representa una amenaza seria para el futuro de la región.

El impacto económico también ha sido devastador. El crecimiento de Antofagasta se ha frenado por la incertidumbre y la falta de inversión. La delincuencia, la corrupción y la inestabilidad han llevado a que los empresarios sean más cautelosos.

La pobreza sigue en aumento y muchas familias luchan por llegar a fin de mes en un contexto de alta inflación y escasas oportunidades laborales, la realidad baña a muchos que prometieron grandes cambios, la verdad es que todos sabemos sin esfuerzo no hay recompensa. A pesar de estos retrocesos, algunos siguen justificando la violencia como herramienta de cambio, ignorando que ha destruido los avances logrados en democracia. Para superar las divisiones, debemos recuperar el respeto al estado de derecho y fortalecer las instituciones, garantizando la seguridad y promoviendo políticas que nos beneficien a todos.

Antofagasta, como una de las regiones más productivas de Chile, tiene un rol clave en este proceso. Es momento de dejar atrás las divisiones y trabajar juntos por un país más seguro, próspero y justo. Las demandas sociales que impulsaron el estallido siguen vigentes, pero no podemos permitir que la violencia y la rabia sigan siendo el camino. Debemos mirar al futuro con esperanza, construyendo un país donde la ley y el orden sean la base del progreso y donde todos podamos vivir con bienestar y seguridad.